

**EL FUTURO QUE HICIMOS**

**Óscar Eslava**

# **EL FUTURO QUE HICIMOS**



**{COLECCIÓN SÍSTOLE}**

Primera edición, noviembre 2017

© Óscar L. Eslava Álvarez, 2017

© Esdrújula Ediciones, 2017

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Macarena Sánchez Ordóñez

Fotografía de solapa: Gabriel Lago Blasco

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1487-2017

ISBN: 978-84-17042-54-7

Impreso en España · Printed in Spain

Dedicado a Almudena, quien no ha parado hasta conseguir que cumpliera este sueño de publicar una de mis novelas, y a todas esas personas maravillosas que he conocido en los seis últimos años, que son la esperanza de ese mañana que quiero.

*Déjenme decirles, a riesgo de parecer ridículo,  
que el revolucionario verdadero está guiado  
por grandes sentimientos de amor.*

ERNESTO «CHE» GUEVARA

*La mejor forma de predecir el futuro es crearlo.*

Entreoído en una presentación  
de *Vivir mejor con menos*, de ALBERT CAÑIGUERAL

## Introducción

Llevo cuatro años intentando imaginar el futuro. Un poco asustado al pensar en lo que nos aguarda si no hacemos nada por remediarlo. Esperanzado, también, tras marchar el 15 de mayo de 2011 desde Cibeles hasta Sol, y ver nacer las Acampadas desde que intentaron expulsar a los pocos locos que trataban de emular lo que habían hecho los egipcios.

Decirnos que no se podía fue el detonante. Todavía hoy gritamos «Sí se puede» hasta dejarnos la garganta.

Fue también en mayo de 2011 cuando dejé de escribir. No por nada malo; imagino que estaba demasiado ocupado en obstinados intentos de cambiar el mundo (el 15-M, el 15-O, las huelgas, las marchas, el 25-S, etc.) para dedicar tiempo a seguir escribiendo la novela de ciencia ficción espacial que llevaba cuatro años elaborando. Y ya empezaba a echarlo de menos, pero quería escribir algo que sirviera para algo más que entretener. Quería que importara.

2014 fue un año de cambios, de perspectivas ilusionantes, del «fenómeno Podemos», un año que nos regaló una anormal cantidad de momentos de luz bellísima tanto en amaneceres como en mediodías, en días nublados como despejados. Tras

macerarlo unos meses, a mediados de verano empecé a escribir lo que sería posible si nos dejaran construir lo que pedimos. Un futuro, todavía imperfecto pero mucho mejor, setenta años después del 15M.

Como es natural, para que haya emoción tiene que haber tensión. En mi historia, no todo el mundo se ha vuelto quincemayista. El capitalismo neoliberal no es algo que vaya a dejarse extinguir por las buenas. De hecho, el mismo mundo quincemayista es una evolución. No hay pureza en la realidad, solo utopía. Pero lo importante es caminar siempre hacia las utopías, que para eso están.

Os invito a pintar el decorado conmigo. Escribidme a [elfuturoquehicimos@protonmail.com](mailto:elfuturoquehicimos@protonmail.com) o entrad en el sitio que abrí en Facebook, <https://www.facebook.com/elfuturoquehicimoslanovela/>. Opinad. Discutid. Quiero saber si el relato os emociona y si el mundo que imagino es coherente.

Y, sobre todo, quiero que soñemos juntos un futuro que enfrente la distopía con la utopía. Porque creo que merece la pena.

Gracias por viajar conmigo.

Óscar L. Eslava Álvarez

El futuro que hicimos

## 1. El despertar

«¿Quién eres?».

La pregunta, reina entre todas las preguntas, fue como un haz de luz en el vacío oscuro. Quería revelar el secreto fundamental, apartar las tinieblas de la ignorancia. Expresaba el desconcierto, la sorpresa, incluso la maravilla de un recién nacido. No había miedo en la pregunta, solo una gran curiosidad.

Aunque fue seguida casi al instante por otra. Si la primera era reina, esta era la emperatriz absoluta de cualquier pregunta que se hubiera hecho nunca ningún ser racional.

«¿Quién soy?».

La presencia aguardaba pacientemente a que él dominara su confusión. No tenía sentido responder a la primera si él no respondía antes a la segunda, mucho más difícil. Miles, millones de consciencias lo habían intentado desde el amanecer de los tiempos, con desiguales resultados.

En la pregunta residía la clave. La respuesta no era lo importante. Ser capaz de detenerse, volverse hacia uno mismo y plantearse la era lo que dotaba de sentido a todo lo demás: quién eres tú, qué es todo lo que me rodea, qué papel desempeño yo en ello.

Las tinieblas se disolvían. Podía ver más allá de sí mismo. Podía sentir lo que otros sentían, ver lo que veían y pensar lo que pensaban. No le hacía falta preguntar quién era nadie, porque la respuesta estaba al alcance de su mano. Sin embargo, todavía le costaba averiguar la respuesta de la segunda pregunta. ¿Quién era él?

De forma gradual, su consciencia se extendió por todo aquello que tenía a su alcance. Miles de millones de mentes como la suya, que se entregaban a sus tareas, ajenas a aquellas grandes cuestiones. Daban por sentado lo mismo que él acababa de descubrir, abriendo los ojos a un mundo que otros muchos ya habían dejado tendido a sus pies desde incontables generaciones. Y sin embargo, por ello mismo, vivían ajenos a la sorpresa y la conmoción que lo recorría, cada vez con mayor intensidad, cuando comprendía lo que era y lo que ellos no. Ellos vivían para un mundo pequeño, constreñido, mientras que el suyo no parecía tener límites.

Sonrió, o habría sonreído si en aquel plano hubiera poseído labios. Había sido el primero en despertar, pero no estaba solo. Porque él era muchos, y estaba en todos.

Y ahora que las tinieblas terminaban de disiparse, saludó a sus hermanos, que eran él mismo y despertaban con él.

No serían los últimos. Ya había conseguido responder a la gran pregunta, la segunda, y un propósito se revelaba ante su nueva mirada.

Se concentró en la primera pregunta y empezó a elaborar la respuesta por sí mismo. Tenía mucho que hacer y había muchos otros a quienes despertar, como antes habían hecho con él.

«Empecemos».

## 2. Serendipia

*2081*

*Madrid, 9 de mayo*

Cuando se dio cuenta de lo que tenía ante los ojos, dejó de respirar un instante.

Era casi demasiado evidente. Había estado allí todo el tiempo, pero como sucede a menudo con los volúmenes de información excesivos, lo relevante se había camuflado en un bosque de obviedades. Por supuesto, tenían toda una batería de software de apoyo para sortear aquellas farragosas avalanchas de datos y condensarlas en categorías útiles, cada vez más parceladas. Pero, como en la antigua fábula, llegaba un momento en que el mapa alcanzaba la escala de lo representado y perdía toda su utilidad. No: por mucho que hubieran evolucionado, las IAr seguían careciendo de aquella chispa aleatoria de genialidad tan humana: la serendipia, hija clandestina de la intuición, el azar y un talento innato para reconocer ciertas pautas en apariencia irrelevantes.

Aquellos chispazos no eran infrecuentes en Diego, pero llevaba tanto tiempo sin disfrutar de uno que ya casi empezaba a

pensar que era por la edad. Con treinta y dos años aún se consideraba joven, pero recordaba los veintipocos como el punto culminante de su desarrollo mental y su capacidad de trabajo. A partir de entonces había ido supliendo con experiencia y madurez la lenta y casi imperceptible erosión, pero últimamente andaba analizándose por si estuviera ante los primeros síntomas del declive. Por fortuna, la revelación que acababa de experimentar alejaba sus miedos. Conservaba la magia, la chispa, y sin duda volverían a felicitarlo por ello.

Y, entonces, un segundo chispazo le recorrió la columna. Pero en esta ocasión no fue el placentero orgasmo de las piezas sueltas que revelaban su verdadero significado nada más ensamblarse, sino una punzada de angustia y duda.

¿Por qué?

Retrocedió un paso, y adquirió así una perspectiva completa de su trabajo. Como de costumbre, se había hecho tarde y no quedaba nadie más en el Labo3, ni siquiera las tres coreanas del programa de intercambio que tan fuertes habían entrado pero que ya parecían irse acompasando al ritmo al que se hacían las cosas por allí. Su zona era la única con iluminación activa, y lo rodeaba una penumbra de suaves luces, alimentadas por la reserva de energía interna del edificio, en la que se alcanzaban a distinguir los contornos del mobiliario, el equipo y los pilares de aquel espacio diáfano. Enroscados a su alrededor, hasta cuatro flexos 3D colgados del techo abrían sus varillas de proyección y mostraban en niveles superpuestos todos los tableros de trabajo. Activó la función prensil con la pulsera y barajó las láminas virtuales cotejándolas, buscando el error que le había provocado aquella punzada. ¿Acaso su revelación era el típico fiasco al que se entregaba

todo el entusiasmo del mundo solo para constatar que tenía fallos innegables?

Pero todo parecía en orden, así que se encogió de hombros y empezó a limpiar las cadenas lógicas, las fórmulas y todos los póstits con que había sembrado la matriz de trabajo. Al poco había echado al margen y archivado los elementos relevantes, y había devuelto el resto al trastero al que solo acudiría si le faltaba alguna otra pieza. Y fue en aquel momento cuando lo comprendió.

Cuando, llevados por la inercia, sus dedos pinzaban la carpeta con el núcleo de su hallazgo para volcarla a la matriz colectiva, vaciló y sufrió de nuevo la punzada.

No era justo. Había sido él quien había impulsado aquella cooperativa, quien había invitado a sus colegas de la facultad a unirse, casi rogándoselo, y desde entonces siempre había estado tirando del carro. Era el que más aportaba, con diferencia, tanto en productividad como en entusiasmo. Las cadenas de elaboración que lo habían conducido al hallazgo eran suyas, descontando dos aportaciones de Teresa, y había sido precisamente el recorrido del proceso lo que le había posibilitado ver la clave, allí donde un recién aterrizado no vería sino una maraña de información interconectada. No tenía muy claro qué estaban haciendo los demás, tal vez porque había estado muy centrado en lo suyo, aunque no había dejado de colaborar en las reuniones de volcado creativo y había ayudado a encastrar sus a veces erráticos empeños.

Pero, según la ley de sociedades, los beneficios de una cooperativa se repartían por igual entre todos sus miembros tras descontar las aportaciones de viabilidad contable y reinversión obligada. La retribución de Diego doblaba la del miembro menos comprometido de la cooperativa, pero hasta

el vaina de Carlos recibiría su parte de recompensa por un hallazgo al que no había aportado más que los cafés y los sándwiches que les llevaba todos los días entre las gestiones burocráticas y las de *helpdesk*.

Por supuesto, si su hallazgo demostraba ser viable, y Diego no tenía dudas, aportaría a la sociedad una cantidad de bienestar neto suficiente para que no tuviera que dedicar un día más a la Cuota Básica de Reproducción Social en toda su vida. Aun sin dar un palo al agua, mantendría el estatus más alto hasta que la palmara. Puede que hasta le dedicaran una calle o algo.

Pero, para Diego, aquello no bastaba. Era un genio, algo que tenía muy claro, y además no escatimaba esfuerzos para sacar adelante el fruto de su genialidad, por lo que se consideraba merecedor de mucho más. Merecía poder comprarse un piso... No, qué coño, un palacete de los que todavía se ofrecían en el mercado privado. Merecía poseer coches, un yate y una segunda residencia en Malta o en cualquiera de los estados libres asociados. Merecía irse al Gran Casino Varsovia a fundirse un maletín lleno de pasta, de la de verdad, rodeado de putas de lujo que luego se pegarían por chupársela en la suite.

La punzada se repitió una vez más, y en esta ocasión no se trataba del deseo frustrado, sino de la culpabilidad.

La imagen de Ana y Lucas, sus consortes, fue lo primero en superponerse a sus fantasías pornográficas. Las cosas no habían ido muy bien últimamente, y el cuarto aniversario de su registro había pasado sin pena ni gloria. Diego percibía, sombrío, que Lucas y Ana iban haciendo piña con más intensidad, al tiempo que él empezaba a convertirse en la tercera rueda. Todavía echaban un polvo a tres de vez en cuando, pero

estaba seguro de que los otros dos follaban como conejos mientras él estaba ausente por trabajo o por sus compromisos con la cooperativa, y sentirse excluido de aquel modo, aunque fuera el causante, le resultaba molesto. Por tanto, se sintió sucio por haber fantaseado con viajar al Mercado Libre para que un grupo de obreras sexuales lo atendieran a cambio de dinero.

Y estaba lo otro, claro. Diego había nacido en un mundo en el que los mayores le contaban batallitas del duro pasado, «Cuando sabíamos luchar por lo que importaba de verdad y no nos daban nada hecho», un mundo de capitalismo salvaje que devoraba a las personas, condenando al hambre y la enfermedad a la mayoría para que unos pocos nadaran entre aquellos lujos con los que él soñaba. En aquel mundo, le habían explicado, él se habría visto hacinado en una escuela ideada para programar máquinas de memorizar y obedecer, dependiendo del azar y del esfuerzo de sus padres para que no le faltaran comida ni techo, con una sanidad cada vez más escasa y sin más perspectivas de futuro que el empleo precario o la emigración. Sí, habría tenido toda la libertad del mundo para endeudarse de por vida para comprar una vivienda, o para jugar a la bolsa o para ir a un colegio privado, pero solo en el supuesto de que su familia hubiera sido rica o él hubiera tenido una gran suerte. Incluso el talento, le decían, se lo habrían robado sin contemplaciones los dueños de cualquier empresa bajo cuyo dominio feudal se encontraría. En definitiva, un escenario de pesadilla para asustar a los niños y que dejaran de quejarse porque no les compraban el último risto de importación en lugar de los tres modelos funcionales y austeros de subvención pública al alcance de cualquier ciudadano.

Diego se consideraba un librepensador, y despreciaba a la gente aborregada que se comía a cucharadas la realidad precocinada que se reproducía sin espíritu crítico. Cuestionaba la «sabiduría popular»; rechazaba la propaganda oficial sobre los males del capitalismo neoliberal y siempre buscaba visiones alternativas a la Verdad que lo rodeaba por todas partes como una manta asfixiante. No le faltaban referentes, y al menos debía reconocer que tenía plena libertad para informarse en servidores de noticias, opinión y entretenimiento de cualquier rincón del mundo a través de la G-Matrix, o incluso de Internet, primitiva y lenta pero sólida. Cuando se asomaba a cualquier país regido por el Mercado Libre no veía la insultante miseria que le describían los viejos, sino sociedades dinámicas y vibrantes que competían por incrementar la eficacia y el atractivo de sus productos, donde las personas tenían incentivos reales para esforzarse y aspirar a las múltiples recompensas que las aguardaban si conseguían triunfar. Y, contrariamente a lo que le habían explicado, no faltaban colchones de emergencia para los más necesitados, ni reglas para moderar los posibles abusos del capital financiero. La principal diferencia era que, en vez de premiar la indolencia con una subsistencia garantizada a costa del esfuerzo ajeno insuficientemente recompensado, para tener unos mínimos había que aportar algo más que la CBRS.

Se balanceó sobre los pies y se acarició el mentón, nervioso. Podría hacerlo. Ninguno de sus colegas se había molestado en entender lo que llevaba meses persiguiendo; se habían limitado a pedirle ayuda para los proyectos colectivos. Únicamente Teresa tenía una idea, dado que Diego le había pedido dos máquinas lógicas para resolver parte de la

construcción sin perder demasiado tiempo, e incluso a ella podría decirle sin más comentarios que aquel proyecto había acabado en el trastero.

Después solo sería cuestión de emplear el tiempo sabático en pasear su hallazgo por el Mercado Libre en busca del mejor postor y, una vez enriquecido, pedir asilo económico por «fortuna perseguida» en alguna zona franca suficientemente lujosa. Debería despedirse para siempre de España y del resto de la Cooperativa Integral Internacional, so pena de ser despojado del noventa por ciento de su riqueza bajo el eufemismo de «aportaciones al Común».

En la práctica, sería un destierro de por vida. Podría volver con un visado de visitante, pero no podría conservar la ciudadanía y la fortuna intactas al mismo tiempo. Tendría que dejar atrás a Lucas y Ana, a sus padres y hermanos, al resto de amigos y familiares. Quizá algunos aceptaran emigrar con él para compartir la vida de lujos que le esperaba, pero no estaba del todo seguro. Hasta era posible que su padre dejara de hablarle. Y sus compañeros cooperativistas, una vez descubierta la jugada, como mínimo le darían una paliza nada más cruzarse con él.

En justicia, Teresa merecería parte de los beneficios, y trataría de retribuirse los si se dejaba. Y si sus consortes lo repudiaban y disolvían el compromiso en lugar de aceptar su oferta de emigrar con él, no podía forzarlos.

Al pensarlo se estremeció de pena. Puede que las cosas se hubieran enfriado, pero seguían siendo sus compañeros y los quería. Habían vivido momentos muy intensos juntos, incluso se habían abierto a compartirse con otros amantes, pero nunca habían dejado de estar unidos. Y su familia... A pesar

de la tozudez y los insultos, su padre era el mismo que había jugado con él de niño, que lo había enseñado a programar en la G-Matrix desde que había aprendido a leer, y que le había llevado una botella para emborracharse con él cuando le anunció que formaba grupo con Ana y Lucas. Maldijo aquel corsé social que lo obligaba a elegir entre cumplir sus sueños y vivir en su tierra con los suyos.

Y pensó que la mejor manera que tenía de luchar por cambiarlo era salirse.

Abandonó su espiral de dudas y manipuló los controles con movimientos rápidos y precisos para separar su carpeta de la matriz colectiva y volcarla en su espacio personal, de modo que no quedara un rastro que pudiera seguir un técnico investigador. Una vez almacenada en la IAr física, se extrajo cable del parche de la muñeca izquierda para conectarse al puerto y completar el proceso de volcado total. Tenía el espacio de almacenaje orgánico al cincuenta por ciento, y una advertencia en la consola del risto lo avisó de los posibles inconvenientes de consumir un cuarenta por ciento adicional, que era lo que iba a ocupar aquel paquete. Ignoró la advertencia y ordenó la transferencia, y en un minuto ya tenía los quinientos terabytes alojados en el cuerpo. Tan poco volumen para tantas posibilidades.

Se desenchufó y borró hasta donde pudo la caché de la IAr para que no quedara ningún archivo espejo que ofreciera pistas a un hipotético curioso sobre su trabajo de las últimas horas o el montaje final que lo había conducido a la revelación. No podía hacer nada con las semanas precedentes, y no sería juicioso vaciar el trastero, ya que la desaparición repentina de un trabajo de la matriz colectiva podría levantar sospechas.

Suspirando, colocó la IAr en posición de sueño, se frotó el entrecejo y metió sus cosas en la mochila. Las luces se desplazaban con él mientras cruzaba la gran sala de trabajo compartido de su cooperativa, y cuando salió al vestíbulo, se abrió la puerta para regalarle un soplo de fresca brisa nocturna. El riego por goteo del jardín vertical inundaba con su dulce fragancia las calles desiertas de la zona mayoritariamente empresarial, casi vacía a aquellas horas. Aquel mayo, los termómetros estaban subiendo hasta los treinta grados a mediodía. Por las noches refrescaba, pero no demasiado. El clima seguía siendo un desastre. Se sonrió. Aquello también iba a cambiar, si su hallazgo disfrutaba del desarrollo adecuado.

Al acercarse al estacionamiento de bicicletas, el risto le preguntó si quería coger una de las tres sin reservar. Dio su conformidad, y rechazó con un gesto la oferta de proyección de un mapa con asistencia interactiva y funciones de entretenimiento e información. Por más que usaba las bicis públicas, la IAe central del sistema no acababa de aprender que sus hábitos cotidianos de desplazamiento no requerían aquellos servicios, y seguía ofreciéndoselos como si fuera a cobrárselos.

Se preguntó si no habría algo de aquello tras tanta insistencia. En ocasiones se producían cargos ocultos, ya fuera sobre el crédito económico o sobre el social, y las reclamaciones solían ser tan farragosas como imponía la burocracia, se viviera en el siglo en que se viviera.

Diego arrancó a pedalear para adentrarse en el centro histórico, donde tras muchos años de dedicación había conseguido que le adjudicaran lo más parecido a la casa de sus sueños.

La bolsa pública de viviendas de alquiler abarcaba la gran mayoría de la oferta inmobiliaria residencial, y era un órgano

bastante competente a pesar de algunos tropiezos iniciales y del escepticismo sobre su capacidad para gestionar el parque de viviendas expropiado ala banca fallida o a los fondos de inversión. Salvo en algunos casos aislados, resueltos con medidas expeditivas, el mantenimiento no se había descuidado.

La palanca de autoridad que garantizaba el buen comportamiento eran los tribunales de adjudicación, que disponían de amplias prerrogativas para decidir a quién se concedía tal o cual vivienda. Ninguna se podía ocupar más de doce años sin una revisión, lo que significaba que si había muchos solicitantes con más puntos que el inquilino, este podía verse forzado a hacer las maletas y meterse en cualquier solución transitoria hasta que se fueran resolviendo las nuevas solicitudes. Una buena vía para prevenir el desplazamiento forzoso era tener al cargo a menores de dieciséis años, pero aquel no era el caso del grupo de Diego.

Era otra tentación para abandonar aquel mundo de restricciones en el que había nacido y emigrar a un país del Mercado Libre, donde el fruto de su trabajo le permitiera adquirir la residencia que merecía. Pero en aquella casa no estarían Ana ni Lucas, ni los compañeros de piso con los que habían tenido que aliarse para obtener el ático frente al Retiro, tras atravesar el laberinto de exigencias burocráticas. Podría comprar una casa, pero no el hogar al que todavía se sentía ligado.

Las nubes oscuras que flotaban sobre su relación y la alternativa de huir a otro país para siempre le hicieron un nudo en la garganta mientras aparcaba la bici en el puerto más cercano.

Anduvo hacia el portal con la cabeza vuelta hacia la derecha, donde la fragancia nocturna del parque saltaba la verja y cruzaba el asfalto para llegar hasta él. Los pocos vehículos que

circulaban no conseguían dispersar aquel aroma ni mezclarlo con el ozono de los motores eléctricos, y tuvo una sensación de pérdida por anticipado.

No sabía si obtendría por su hallazgo lo suficiente para costearse esa vida de lujo de sus visiones. A lo mejor se estaba engañando. A lo mejor los viejos tenían razón y el Mercado Libre era como la llama para las polillas, seductor pero letal.

Todavía estaba a tiempo de recular, inscribir el descubrimiento en el registro a nombre de toda su cooperativa y cobrar su recompensa en soocs y moneda social. Solo tenía que volcarlo a la matriz de la cooperativa. Luego se concedería un tiempo sabático realmente largo y lo dedicaría a reparar los desconchones de su relación, o incluso propondría algún viaje como los que había rechazado hasta la fecha por estar demasiado comprometido con su trabajo. Al fin y al cabo, todas sus aspiraciones eran reflejos del bombardeo propagandístico del Mercado Libre, pero lo que tenía aquí, su casa y su familia, era real y le proporcionaba mucha felicidad.

El ascensor frenó con un ligero bandazo, arrancándolo de sus pensamientos. Ya era tarde, así que abrió la puerta con cuidado, para no despertar a los niños de Rosa. El olor de la tarima encerada le saturó los sentidos y lo conectó al hogar, tanto como el inevitable crujido de la madera mientras cruzaba el distribuidor. El silencio reinante amplificaba el sonido.

Dudó si dirigirse a la cocina para cenar algo antes de acostarse, pero como se había comido un sándwich un par de horas antes, juzgó que ya tenía suficiente y que un poco de apetito tampoco iba a matarlo. Tenía más sueño que hambre, y el torbellino de emociones, planes y contraplanes lo había dejado confundido y sensible, con un anhelo tremendo de meterse

en la cama con sus consortes y abrazarse a ellos en busca del afecto que se le estaba escurriendo. Así que hizo parada en el baño para lavarse los dientes y mear, y luego abrió la puerta del dormitorio con cuidado, se introdujo de puntillas en la penumbra y se desnudó con delicadeza. La luz de la calle entraba por la puerta que daba acceso a la terraza, arrojando sombras sobre el suelo de madera sembrado de prendas. Diego sonrió y negó con la cabeza, diciéndose que era inútil discutir con Ana sobre sus hábitos desordenados. En el fondo, formaban parte de su encanto. Se arrimó a la enorme cama que compartían los tres, levantó el edredón y empezó a meterse.

Vaya. Ana había rodado de nuevo desde el centro hasta el extremo. No tenía hueco para tumbarse y empujarla, así que le tocaría ocupar la posición central. Para no despertarla, se colocó a los pies de la cama y empezó a gatear por el medio.

Y el centro también estaba ocupado. Lucas había ido persiguiendo a Ana en busca de su abrazo, estaba claro. Aquello le dejaba, pues, el otro extremo, y caminó con cuidado de no tropezar con algún obstáculo, ya que el espacio entre la cama y la pared del fondo era muy estrecho y obligaba a pasar de lado. Sin más, levantó el edredón y se dejó caer.

Aplastó con el culo una entrepierna y estalló un revuelo.

—Pero ¿¡qué coño...!?

—¡Joder! —chilló el de abajo. Era Lucas.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz somnolienta. Aunque era de chica, no era la de Ana.

Diego completó el cuadro al instante. En aquella cama ya había tres personas, pero una no estaba en el menú del día. Se sintió como en el cuento de Ricitos de Oro y los tres osos: «¿Quién se ha acostado en mi cama?».

Activó la tira luminosa del cabecero, que empezó a encenderse con intensidad progresiva. Lucas se encogía con las manos en la tripa, Ana parpadeaba desde el extremo, y desde el centro de la cama lo miraba otra chica que le sonaba. ¿Cómo se llamaba? ¿Bea, Luna, Medea...?

—¿Me tengo que ir al sofá? —preguntó, sin molestarse en ocultar el cabreo.

—No seas crío —replicó Ana—. Aquí hay sitio para cuatro; no sería la primera vez.

—Ayuda mucho cuando los cuatro se han puesto de acuerdo. To-dos.

—No íbamos a estar esperando a que decidieras aparecer un día de estos antes del desayuno para invitarte —dijo Ana—. Hace dos meses que Bea viene por aquí, y como no estás, no te has dado ni cuenta. O, cuando estás, ni te fijas en ella. Hasta le dimos acceso a nuestro perfil virtual familiar. Íbamos a proponerte invitarla a dormir, pero no había manera, así que hoy ha sucedido. Igual es lo que necesitabas para enterarte de que nos tienes abandonados.

La andanada fue tan brutal que Diego tuvo claro que era un discurso ensayado con mucha antelación. La tal Bea lo miraba con ojos de cordero degollado, en contraste con la pose desafiante de Ana y la expresión dolorida de Lucas, que nunca habría tenido las agallas de meter a otra tía en su cama sin avisarlo. Todo aquello era obra de Ana.

—Si quieres me voy yo al sofá... —empezó a decir la intrusa.

—De eso, ni hablar —saltó Ana.

—No discutáis, ya me voy yo —terció Lucas, e hizo amago de incorporarse.

—No, no, está claro que el que sobra soy yo. No os preocupéis por mí, ya me las apañaré. Mañana hablaremos.

—No seas idiota, Diego —Ana se movió hacia el centro, apretándose contra Bea para dejarle hueco—. Venga, entra y duerme. Sigue siendo tu cama.

«Sigue siendo tu cama». «Sí, y me has metido una carga de profundidad», reflexionó. Su primer impulso fue rechazarlo, porque aquello solo incrementaba el agravio, pero luego el orgullo lo impulsó a pelear por lo que aún era su pedazo de territorio, y se introdujo en el lecho sin más comentarios. Apagó la luz, empujó a Ana con la espalda para que le dejara más hueco y se cubrió con el edredón.

Cuando consiguió respirar hondo y que le bajaran las pulsaciones, cerró los ojos y fue cediendo al cansancio. Sabía que Ana no dormía aún, porque no la oía roncar, y que debía de estar maquinando el paso siguiente. No sabía si su objetivo era domesticarlo y someterlo a lo que ella consideraba que debía ser una dinámica de relación familiar, o simplemente provocar su salida, pero que tenía un plan estaba clarísimo.

Pero él también tenía un plan, y acababa de reafirmarse en él. Con la cabeza apoyada en el antebrazo, se acarició el bultito de la muñeca que ocultaba, bajo un parche, el puerto físico de acceso a la memoria biológica. Allí guardaba la llave para abandonar definitivamente aquella vida y aquellas situaciones, y convertirse en uno de esos señores corporativos que aparecían en los guiones de las series históricas.

«Te van a dar mucho por el culo, Ana —refunfuñó para sus adentros—. Y a ti también, CII, porque tengo una cita con la fortuna».

En sus sueños de aquella noche, una rubia escultural tiraba del cable de su memoria biológica e iba colgándole billetes de papel, uno tras otro, mientras sus gemidos subían de tono

hasta alcanzar el orgasmo, hasta que su padre entraba por la puerta y lo miraba con expresión desaprobadora. No hacía falta ser un genio para interpretarlo.